

A la luz de mis Sombras

Anyka Santangel

Image not found.

Capítulo 1

Todo estaba listo para la gran noche.

Los invitados ingresaban por la puerta de cristal saludándose los unos a otros, dirigiéndose simpáticas miradas y gestos amables. Todos elegantes, vestidos y disfrazados con las mejores sedas y telas de la temporada. Sin duda alguna, los medios de publicidad se habían encargado de esparcir la noticia. Mi nombre no solo estaba en los periódicos; iluminaba letreros, decoraba las portadas de las revistas de arte más vendidas del país, resonaba en los parlantes de las radios y creo que, hasta brillaba en la placa de oro que habían grabado días antes para adornar la estancia.

Nunca antes había imaginado que algo tan grande iba a ocurrirle, mucho menos involucrar, a un sujeto como yo, que hasta hace poco creía haber estado en un oscuro y profundo agujero negro. Ahora estoy tan relajado como nunca antes lo había estado. Me cruzo de piernas e intento respirar lentamente como he aprendido. Saludo con la mirada a un par de bellas damas que me sonríen. Acomodo nuevamente la corbata; creo que ya van más de diez veces que lo hago, pero bueno... hay cosas que se me escapan como agua entre los dedos. Al menos sé que lo hice intencionalmente. Entonces me pongo de pie. Camino en dirección hacia la bella mujer que lleva un largo vestido negro con escote, e interrumpo la conversación que tiene con él. Un viejo anciano que me ha dado las llaves y herramientas necesarias para vencer a mis sombras. También lo saludo al estrecharle la mano, como todo un verdadero caballero, aunque no es mi estilo. Él se mofa y me guiña el ojo. La mujer me da un cálido beso en la barbilla y me susurra al oído que dentro de poco comenzará el espectáculo.

Me limito a responderle con una vaga sonrisa, sé que ella me entiende. Y sé también que al finalizar el evento le pediré que sea mi esposa.

El anciano me da una palmada en el hombro y me pone en alerta. Me doy la vuelta y veo que todo el salón está lleno de personas; unos cuantos conocidos y otros extraños. Todos ubicándose en las mesas y sillas disponibles.

Las cortinas del telón están ocultando el centenar de obras de arte que se van a subastar. En el escenario apenas hay un podio de madera recién barnizado; lo sé porque he sentido el aroma desde que llegué. Y acaban de instalar un curioso micrófono en forma curva sobre él. Las luces se vuelven más tenues de lo que estaban y entonces comprendo que llegó la hora.

—Te están esperando —me dice el anciano.

Miro a la bella mujer del vestido negro y le acomodo detrás de la oreja uno de los mechones de su pelo.

Sin darme cuenta el maestro de ceremonias rompe el ruido del salón y lo sustituye por un perpetuo silencio.

—Buenas noches damas y caballeros —empieza como lo había ensayado horas atrás en el espejo del baño de varones—, esta noche estamos reunidos para...

En ese momento sus palabras no penetran en mis oídos. Me vuelvo en redondo, cierro los ojos lentamente y respiro profundamente. Encuentro el silencio, veo la luz y sonrío.

—Uriel Schwarz —pronuncia con total claridad y su voz retumba en los amplificadores.

Tengo los ojos abiertos, me abro paso entre la gente. Sé que todos me están observando en estos momentos pero intento no darle muchas vueltas al asunto. Camino lo más erguido posible, con la cabeza en alto. Mis pasos son firmes, fuertes y subo al escenario.

El hombre se hace a un lado para que ocupe su lugar. Se lo agradezco al estrecharle la mano. ¡Asombroso!

Me sitúo detrás del podio y siento que mi corbata no está en su lugar. ¡Chispas!

Respiro como sé hacerlo y distraigo la mente. Me doy cuenta que todas esas personas elegantes han tenido que hacer un gran esfuerzo por dejar de hacer sus cosas para tomarme en cuenta y hacer un espacio en sus apretadas agendas.

—Gracias por venir —digo y me olvido de la corbata—, para mí es un honor tenerlos a todos ustedes reunidos en este salón.

¡Guau! Es impresionante el control que puedo ejercer en ese momento, no solo he logrado atraer la atención de toda esa gente importante, sino también he logrado controlarme a mí mismo.

—Sé que muchos han leído muchas historias urbanas sobre mí y otro tanto de ustedes seguramente se preguntarán si es verdad todo lo que dicen los periódicos —empiezo—, y lamento desilusionarlos, pero no soy ningún personaje celestial que ha creado las maravillosas obras que van a subastarse esta noche —escucho unas cuantas risas y continúo—. Yo, simplemente soy un hombre común y corriente. Un simple mortal que

tiene una condición, eso no significa que mi vida para, solo que tengo que luchar un poco más para poder seguir. A veces gano, a veces pierdo, pero siempre sigo.

Hago una breve pausa para ver las reacciones en los rostros del público. Mi público. Todo parece normal y antes de poder seguir... veo a lo lejos un hombre que levanta la mano desesperadamente como un chiquillo que pide permiso para hablar en clase.

—Tengo una pregunta señor Schwarz —dice y todos voltean inmediatamente para conocer al sujeto que se atrevió a interrumpir mi discurso.

—Adelante —le pido amablemente y empiezo a ordenar en mi cabeza las palabras para responder.

El sujeto se pone de pie y me doy cuenta que se trata del molesto periodista que inventó aquella ilógica historia que involucra mi nombre con un encuentro con el pasado y fantasías extrañas que solo en su mente han podido nacer. Soy consciente que estamos viviendo en un siglo muy avanzado, en donde la tecnología ha rebasado los límites, pero no creo que estemos cerca de poder si quiera conocer o ver a los ángeles.

—¿Un ángel ha tocado sus manos para guiarle con sus obras?
—pregunta.

—Me halaga con el comentario señor —respondo—, pero debo ser sincero con usted. Ningún ángel ha tocado mis manos, ellas son tan imperfectas como las suyas.

—Entonces, díganos cómo es que hay tanta belleza junta en sus piezas de arte —dice—, hasta el día de hoy usted es el único ser humano que ha logrado plasmar las maravillas griegas en sus esculturas y pinturas a tal grado de perfección.

Oigo comentarios entre la gente y sé que esperan respuestas claras. El anciano y la bella mujer me están mirando fijamente y en sus miradas veo la respuesta correcta.

—Acomódese —le pido al periodista—, esta noche voy a contarle a cada uno de los presentes, y a usted también, desde luego, cómo es que he logrado captar las esencias del viejo mundo griego.

Inmediatamente el sujeto se vuelve a sentar en su lugar, y ahora las miradas empiezan a examinarme como si trataran de hacer radiografías de mí.

Dirijo una mirada hacia lo alto, hago un viaje hacia mi interior y el micrófono aguarda mis palabras para darles más entonación.

—Una vez alguien me dijo que no iba a poder ser capaz de lograr nada —digo de repente—, y quizá sus palabras fueron mi alimento de cada día, pero creo que de no haber sido así, tal vez mi historia hubiera sido muy distinta a la que van a escuchar.

Nunca antes me había atrevido a romper los esquemas, mucho menos compartir con gente extraña sucesos de mi vida privada, pero sé que compartir me hace aún mucho más humano, y eso es justamente lo que quiero hacer. Ser humano.

Capítulo 2

Tenía ocho años cuando empezó mi calvario.

Mis padres solían discutir por las noches, a veces por cosas absurdas como el polvo en los cristales de la casa, el desorden en los armarios o las puertas mal cerradas. Él siempre intentaba encontrar algún tema para ponerse a discutir con mi madre. Quizá así era como mis abuelos le habían criado, pero yo sabía que era algo más que eso. Una extraña obsesión por el orden y la limpieza.

Sé que mi madre lo amaba mucho, casi incondicionalmente. Ella me dijo que fue amor a primera vista. Él era un elegante y fornido capitán de la marina y ella una dulce y hermosa costurera que trabajaba para una empresa que se encargaba de coser lúgubres uniformes. La mujer casi perfecta, digo casi porque tenía un pequeño defecto. Era sumisa y él ejercía un control dominante y posesivo sobre ella.

Al poco tiempo de casarse me tuvieron a mí. El supuesto orgullo de todo padre. Lamentablemente el parto se le adelantó dos meses antes de lo previsto dejando secuelas a la hora de sacarme de su matriz. Mi madre había quedado imposibilitada de quedar embarazada por segunda vez. Algo que, según las creencias arcaicas de mi padre era inconcebible, pues él quería tener como mínimo cinco hijos y yo representaba su fracaso. O al menos así lo sentía él.

Schwarz era el apellido que me correspondía al ser el hijo de mi padre. Traducido al español significaba una sola cosa. Negro. Mi madre me dijo que quería darle luz a ese apelativo, así que me bautizaron con el nombre de un Ángel. Uriel, que significa la luz de Dios.

Los años pasaron rápidamente. Mi padre solía ser rudo y cruel algunas veces. Me ponía apodos y me ridiculizaba delante de mis primos al verme más débil que el resto, y yo me limitaba a buscar las faldas de mi madre para llorar en su regazo. Lamentablemente en su sumisión nunca pudo hacer nada para detenerlo.

Recuerdo cómo fue que empezó todo. Mi padre me había comprado tres camisas blancas para que las usara. Las puso al pie de mi cama y me pidió que me pusiera una de ellas para ir a la iglesia como acostumbrábamos a hacer todos los domingos. Observé con detenimiento cada una de ellas. Pasé las yemas de mis dedos sobre las telas y sentí que no eran del mejor material. Eran duras, casi toscas y podía jurar que me raspaban la piel.

—No tenemos mucho tiempo mujer —le repetía mi padre a mi

madre—, ve a vestir a tu hijo tan rápido como puedas.

En ese momento ella entró en mi habitación y me ayudó a quitarme la camiseta que llevaba puesta.

—Vamos hijo, no hagas enfadar a tu padre. Sabes cómo se pone cuando llega tarde a la iglesia —me dijo ella cogiendo la camisa que estaba al borde derecho de la cama.

La desabrochó y me pidió que me la pusiera mientras se encargaba de lustrar mis zapatos. La vi salir apresuradamente repitiendo una frase que utilizaba como mantra para apaciguar su ansiedad y obedientemente me coloqué la camisa.

Caminé hacia el espejo y empecé a abotonarla, pero cuando terminé de hacerlo vi que uno de los botones estaba medio flojo, así que decidí quitármela y buscar la otra camisa.

Me la coloqué con cuidado para evitar que se arrugara, pero al terminar de cubrirme con ella vi que el espejo me decía que tenía una mancha en el cuello. Inmediatamente corrí a quitármela, no podía quedarme con ella puesta y la cambié por la tercera. Cuando me la puse fue inútil. Volví a encontrarle un error. Una de las costuras rompía la armonía de los hilos. Me enfurecí y sentí que tenía que quitármela tan rápido como fuera posible. Volví a coger la primera camisa aun sabiendo que tenía un botón flojo, pero sentía la imperiosa necesidad de ponérmela una vez más para comprobar que tenía un defecto.

Cuando volvió mi madre y vio las tres camisas tiradas en el suelo, dio un brinco y corrió a levantarlas.

—¿Qué has hecho? —me preguntó alarmada por lo que había encontrado.

—Ninguna está bien —le contesté—, no me sirven. ¡Las camisas no me quedan bien!

Ella se llevó una mano a la boca al escucharme gritar. En ese momento mi padre apareció justo en la puerta y vi como el pálido color de su rostro se tornó rápidamente en uno casi rojo.

—¿Es que acaso les gusta hacerme esperar? —nos preguntó.

Él cogió la primera camisa que encontró a la mano y me jaloneó.

—¡Ahora mismo te voy a poner la camisa y vamos a salir! —me

gritó.

Yo parecía una marioneta que se movía a su antojo. Mis brazos y manos las sentía casi muertas y cuando sentí la tela dura tocar mi espalda una voz en mi interior, un eco sorprendente me dijo que no se me veía bien. Que esa prenda estaba sucia y mal hecha. De repente volví en sí y me hice a un lado, desafié a mi padre por primera vez con la mirada y me quité la camisa como ya lo había hecho anteriormente. La estrellé contra el suelo y me senté en el sillón que tenía disponible.

—Ninguna me queda bien, todas tienen algo —dije y hundí la cabeza en mi pecho.

Como era de esperarse él hizo lo que acostumbraba a hacer cuando veía actitudes negativas en mí. Se quitó el cinturón de cuero que sujetaba sus pantalones y me amenazó.

—¡Vístete o voy a dejar tu cuerpo tan marcado que no te vas a reconocer en el espejo!

Nuevamente la voz en mi interior hizo acto de presencia.

—Tu padre solamente intenta intimidarte. Quiere que le tengas miedo y si tú permites que te toque con ese cinturón lo puede lograr.

Al escucharla con claridad, levanté la mirada y me lancé sobre él para gritarle y defenderme. Él, como era de esperarse era más fuerte y grande que un enclenque niño. Grité y le gruñí. Pataleé cuando intentó levantarme y le golpeé justo en la boca del estómago sin darme cuenta. Me soltó y retrocedió, miró a mi madre y la señaló con gran odio.

—Tú tienes la culpa de que este chiquillo sea así —le dijo—, me has dado un hijo anormal. Débil.

Ella no dijo nada para defenderse.

—¡No me llames así! —le grité como me lo había sugerido la voz interior que acababa de escuchar nuevamente.

Mala decisión. Mi padre arremetió contra mí con una fuerte bofetada que me volteó la cara hacia un lado. Sentí como la sangre caliente iba descendiendo lentamente por uno de los orificios de mi nariz.

—¡Maldito seas! —chilló y salió de mi habitación dando pasos largos.

Mi madre corrió detrás de él gritando su nombre y yo me quedé tan

adolorido por dentro. Quebrado y herido.

Sentía pena por mi madre, pero no lloré. Era como si las lágrimas hubieran abandonado mis ojos, lo único que sentía en esos momentos era rabia, mucha rabia y hasta una mezcla de odio hacia él por ser como era.

Los siguientes días fueron mejores. Felizmente habían asignado a mi padre a una misión los siguientes dos meses, así que podía respirar con tranquilidad. Pero la voz interna que había aparecido el día de la camisa, me hacía visitas constantes cuando me sentía ansioso y preocupado. A veces me susurraba cosas buenas, pero la mayoría de veces me insultaba y hacía sentir miserable.

Capítulo 3

El verano había llegado y sabía que mi padre iba a rentar una casa para pasar las vacaciones. La idea no parecía mala después de todo, pero al parecer él no había olvidado el percance que tuvimos y me cobró cada grito que había salido de mi boca al llevar a dos de mis primos de vacaciones con nosotros.

El viaje en autobús fue insoportable, me la pasé oliendo un frasco de alcohol para evitar alguna clase de incidente incómodo. Mis primos por el contrario parecían disfrutar de mi sufrimiento. Hasta llegaron a cambiar el contenido de la botella cuando el coche hizo una parada en medio de la carretera para cambiar el neumático que se había pinchado.

Bajé para estirar un poco las piernas y orinar detrás de una de las tantas rocas que había por los alrededores y cuando regresé me pareció extraño no verles reírse a mis espaldas. Si bien teníamos casi la misma edad, ellos parecían ser de unos tres a cuatro años mayores que yo.

Todos volvieron a sus lugares para continuar con el viaje. Fueron apenas unos cuantos minutos para sentir nuevamente las molestias de tanto movimiento.

—Cariño ya sabes que hacer —me dijo mi madre al darse cuenta del color verde que tenía mi rostro.

Me limité a asentir con la cabeza y busqué en mi botiquín personal el frasco de alcohol que me estaba ayudando a lidiar con toda esa terrible sensación, no sin antes cerciorarme de que estuviera correctamente cerrada la tapa. La abrí y cerré tres veces, porque era mi número de la suerte.

Cuando me animé a llevarlo hacia mi nariz un repugnante y repulsivo hedor sacudió mi estómago haciendo que devolviera los huevos revueltos que había desayunado. Christian y Michael se encargaron de darle comicidad a la escena. Sus carcajadas retumbaron en todo el autobús. La gente se llevó rápidamente la mano a la nariz para cubrirla y evitar que el mal olor les contagiara.

Mi padre se dio vuelta y reprimió una carcajada. Apenas podía creerlo, estaba bañado en mis propios fluidos estomacales. Mamá fue la única que se ensució las manos para ayudarme a limpiar mi desastre.

Al llegar a la casa que habíamos rentado corrí tan rápido como pude para ocupar el baño. Me quité la ropa y me jaboné el cuerpo una y otra vez, cuantas veces fueran necesarias para quitar el mal olor y la mugre

que tenía encima de mí.

Si mal no recuerdo, creo que me quedé bajo la ducha un par de horas hasta sentir que la piel me ardía por tanto refregarla.

Al salir busqué algo cómodo para vestir, claro que tuve muchos problemas al hacer el ritual con las camisas de algodón. Había llevado más de veinte camisas en la maleta y a pesar de saber cuál quería usar sentía la necesidad de probarme cada una de ellas, si no lo hacía una sensación de catástrofe recorría cada vena de mi cuerpo, y cuando lo hacía había una sensación de calma como recompensa.

A la hora del almuerzo no había nadie en el comedor. Busqué a mis primos pero no les hallé, así que me fui a la cocina para prepararme algo de comer.

—¿Todo va bien? —me preguntó mi madre al verme entrar.

—Sí —contesté caminando sigilosamente hacia la vieja mesa de madera desportillada en donde habían puesto todas las bolsas de comida.

—¿Quieres ayudarme? —me preguntó.

Apenas asentí con la cabeza.

Mi madre me entregó unos cuantos tomates y me pidió que los trozara para preparar la ensalada. Me sentí bien en ese momento, sabía que podía hacerlo y de la mejor manera posible. Tomé uno de los cuchillos que estaban disponibles y empecé a cortar pedazo a pedazo dándole al fruto una imagen mucho más apetecible.

—¡Lo haces muy bien! —me felicitó.

—Gracias —le dije con una auténtica sonrisa.

De pronto la puerta se abrió de par en par y él nos encontró.

—Pero. ¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó mi padre quitándome el cuchillo—, eso es cosa de mujeres. Tú eres un hombre y los hombres no cocinamos ¿entendido?

—Sí señor —contesté de inmediato con la voz casi entrecortada.

Me levanté de un solo brinco y dejé de hacer lo que estaba haciendo.

—¡Vete a jugar! —me pidió—, tus primos están en la playa, así que

aprovecha.

No supe que decir...

—¿Qué esperas?

Moví la cabeza de un lado hacia el otro intentando tener una respuesta pero la voz interna lo hizo por mí.

—No me gusta jugar con ellos. Son muy rudos y casi siempre se burlan de mí.

—Entonces no te dejes tratar así —me dijo y quizá fue el primer consejo que me daba en toda mi vida—, ve y demuéstales que no eres tan débil como ellos creen que eres.

Mi madre intervino por suerte.

—No seas duro con él —le sugirió—, es apenas un niño no un soldado.

—Tú no te metas —la canceló—, Uriel tiene que aprender a defenderse. No todo el tiempo va a ocultarse detrás de tus faltas y llorar en tu regazo cuando le salgan mal las cosas. Ya es hora de que madure, y si tú no me ayudas, voy a tener que tomar medidas drásticas y muy serias.

Mi madre tragó saliva y pude escuchar cuando ésta pasó por su delgado cuello.

—De acuerdo, Diego —le dijo al aceptar su argumento.

Lamentablemente yo no fui capaz de decir algo en mi defensa. Apenas tuve el valor de asentir a cada uno de los mandatos de mi riguroso padre hasta caer en la cuenta que era un fiel esclavo suyo.

Capítulo 4

Al día siguiente me levanté a la hora acostumbrada, me cepillé los dientes y vestí para la ocasión. Listo para sumergirme en las aguas saladas del océano.

Mis primos ya habían salido de la casa para empezar su rutina de ejercicios y yo lloraba en silencio cuando sentía cómo la arena caliente mordía las plantas de mis pies hasta llegar a la parte húmeda.

Todo parecía tranquilo, la brisa era espectacular, el mar estaba en su mejor momento y la calidez del ambiente invitaba a todos a darse un chapuzón. Por desgracia mi padre no me había enseñado a nadar, así que aquello era un privilegio que no podía ni siquiera permitirme.

Lo más triste era el verle a él ahí puesto en pie, tan radiante y orgulloso de ser el tío de aquellos dos pillos. Mi padre y primos jugueteaban con una pequeña pelota de cuero. Llegó un momento en el que Christian decidió dejar de jugar y se trepó en la espalda de mi padre. Él empezó a dar vueltas al mismo tiempo que reía a carcajadas. Michael por su parte disfrutaba de la escena ridícula que hacían ambos. Y yo... ni qué decir, estaba sentado ahí en completa soledad observando cada detalle, soportando cada pinchazo que recibía en mi alma. Sabía que a ese sentimiento triste e iracundo solo podía tener un solo significado. Celos.

Así es, sentí celos de ese par de niños que disfrutaban de mi padre. Deseaba poder hacer lo mismo, deseaba jugar con él, reír con él, pero ahí estaba. Sentado con las rodillas pegadas a mi pecho amortiguando mi dolor.

—¡Hey! —escuché la voz chillona de Michael dirigirse a mí—, ¿por qué no vienes a jugar?

Le vi y fruncí el ceño. La voz en mi interior me dijo lo que podía pasar si iba a jugar con ellos.

—Ellos solo quieren burlarse de ti. No quieren jugar realmente contigo, solo se burlan porque te ven menos. No aceptes, no lo hagas, ni siquiera lo intentes.

Así que sin decir ni una sola palabra le negué la invitación con un movimiento de cabeza hacia los costados.

El niño se encogió de hombros y no insistió.

La escena cada vez se volvía más insoportable, así que sin más decidí levantarme y caminar sin rumbo por la orilla tratando de responder el

porqué era diferente al resto de los demás.

Desde ese momento ya no solo era una voz la que me hablaba, sino varias más. Unas parecían querer defenderme y otras por el contrario solamente querían hundirme más en el pozo que estaba empezando a cavar.

Y entonces, vi a un hombre y a sus dos hijas armando lo que parecía ser un castillo de arena. El hombre parecía disfrutar del momento y las niñas a su vez lo hacían con él. Me acerqué lentamente tratando de no hacer ruido para que no notaran mi presencia. Vi que la estructura era buena pero sabía que podía perfeccionarse. Nunca antes había construido algo, pero sabía que era bueno moldeando la cerámica fría cuando me lo proponía.

Una mujer a lo lejos apareció y gritó sus nombres. Inmediatamente después el hombre y sus hijas dejaron de hacer lo que estaban haciendo y corrieron al encuentro de la dama.

No estaba seguro si debía involucrarme con un trabajo que no era mío, pero necesitaba hacerlo, tenía que hacerlo. Quedarme allí parado solo aumentaba mi descontrolada ansiedad. Así que me tumbé de rodillas en la arena y continué lo que esa familia había dejado de hacer.

Felizmente habían dejado un recipiente y una pala de plástico para ayudarme a moldear el castillo. Fui muchas veces a recibir agua. Una y otra vez. Cavé caminos, moldeé las torres, dibujé detalles en las murallas y mojaba la arena cuando el sol decidía quitarle la solidez.

Me olvidé de todo, del tiempo, de mis preocupaciones y tantas otras cosas que me perturbaban. Por primera vez me sentía feliz, tranquilo, había encontrado algo en lo que realmente me sentía a pleno.

No me había dado cuenta pero ya era tarde. No sé cuántas horas estuve armando el castillo pero lo había conseguido.

Cuando de repente mis antipáticos e insufribles primos aparecieron de la nada.

—Tu madre nos ha mandado a buscarte —me dijo uno de ellos—, y nos dijo que te dijéramos que eres un enfermo mental.

Sabía perfectamente que mi madre sería incapaz de mandarme a decir algo semejante y le contesté.

—¡Mientes! Mi madre no diría algo así. Ustedes lo han inventado

para hacerme sentir mal.

Rieron.

—¿Es que acaso no te das cuenta Uriel? —me preguntó Christian—, tú no eres como los demás. Eres diferente, raro por así decirlo. Mírate ni siquiera aparentas tu edad. Pareces un insecto enfermo. Por eso tu padre nos prefiere a nosotros, por el simple hecho de ser mejores que tú. Su hijo enfermo.

—¡Yo no estoy enfermo! —grité y me levanté.

—¡Claro que lo estás! No sabes leer y apenas puedes escribir tu nombre. En el colegio los profesores no te dicen nada porque siempre sales llorando, tus calificaciones son un desastre. Te ocultas de la gente, te encierras en el baño y hablas solo como un loco.

—¡No estoy enfermo! —le grité nuevamente y me lancé sobre Christian para seguramente darle unos buenos golpes en la cara. Al menos esa era mi intención, pero Michael salió en su defensa y entre los dos lograron tumbarme en la arena para darme de golpes no solo en el rostro, sino también en el estómago y otras zonas que me hicieron estremecer de dolor.

Cuando terminaron de darme la paliza, vieron el castillo de arena que había armado, y no contentos con lo que habían logrado saltaron encima de él y lo destruyeron hasta dejarlo nuevamente convertido en un montón de arena.

—Está horrible —dijo uno de ellos—, ni siquiera sabes armar un verdadero castillo de arena. Eres un inútil Uriel, un verdadero inútil. Por eso tu padre siente que Dios le ha dado la espalda.

Sabía que los niños algunas veces podían llegar a ser muy crueles, pero ellos traspasaban el límite de la crueldad. Disfrutaban el verme derrotado, se mofaban a mis espaldas y no contentos con lo que habían hecho cogieron pesadas bolas de arena mojada y me las lanzaron una tras otra.

Estaba cubierto de arena, sucio, desolado, en posición fetal cubriéndome la cara, llorando para mis adentros, maldiciéndoles por todo lo que me hacían y suplicando a esas voces que me dejaran en paz, solo por unos minutos.

Al regresar, mi padre no sólo me reprochó la tardanza, sino también, el aspecto mugriento que llevaba. Mi siquiera se había percatado en las marcas que tenía en la piel. Simplemente se sumergió en su rudeza y continuó añadiendo el ingrediente del dolor a mi alma. Mi madre por su parte me tomó de la mano y acompañó al baño para que pudiera

asearme. No me dijo nada, ni una sola palabra salió de sus labios. Ella se limitó a limpiarme y a curar mis heridas. Vi en esos momentos un gran dolor en sus ojos, lágrimas congeladas y reprimidas. Y ahí fue cuando entendí que un hijo sano no hacía sufrir a sus padres. Y yo sí lo hacía. Estaba enfermo.

Los siguientes días fueron tormentosos, mis primos se ocuparon de fastidiarme las vacaciones. A veces intentaba quedarme encerrado, pero por alguna razón que no logro comprender hasta el momento, siempre buscaban hacerse una buena broma conmigo.

Capítulo 5

Cuando las fechas escolares se acercaban escuché un día hablar a mis padres sobre trasladarme a la capital para que unos militares se hicieran cargo de mi educación. Mi madre no estaba de acuerdo, pero en su posición de mujer sumisa no podía hacer nada.

La decisión ya se había tomado, mi padre se había encargado de preparar todos mis papeles para inscribirme en aquel internado.

Ambos me llevaron en silencio hasta la estación de autobuses y me entregaron el boleto. Mi padre me repitió hasta cansarse todo lo que debía de hacer al llegar. Primero enseñarle al encargado mi identificación y la carta poder firmada por el notario del pueblo, luego esperar en la estación a que el capitán Castrillón fuera por mí para llevarme al internado.

Mi madre lloraba y me besaba continuamente. Mi padre por el contrario parecía estar muy tranquilo. Y era de esperarse, por fin su dolor de cabeza iba a desaparecer.

Cuando el autobús empezó a llamar a todos los pasajeros. Mi madre me abrazó lo más fuerte que pudo. Me llenó de besos y me dijo cuanto me amaba. Él por su parte apenas me dio una palmada en el hombro.

—Trata de comportarte —me dijo.

—Sí señor —le contesté.

Y entonces tuvo un gesto para conmigo. El primero y el único que tuvo.

—Sé que no sólo te van a educar y a formarte como todo un verdadero hombre, sino que también te enseñarán a leer y escribir correctamente —dijo—, espero que este libro te ayude un poco.

No era justamente un libro nuevo, ni mucho menos atractivo a la vista de cualquier niño, pero al verlo sentí una conexión inmediata con él. Sabía que ese regalo traía algo escondido, un secreto. Algo muy personal de mi padre, y deseaba conocerle.

—Gracias señor —le dije tratando de ordenar las letras para conocer el título.

—Mitología griega —me dijo al darse cuenta que me costaba descifrar el título—, mi padre me lo obsequió cuando me envió a la marina, y ahora yo te lo doy a ti. Utilízalo en momentos difíciles, la

fantasía a veces ayuda.

Asentí y lo guardé en mi cartera de cuero.

—Cuídate hijo —me dijo y sentí plena sinceridad en sus palabras.

Una desbordante alegría inundó mi corazón y mis temores cesaron. Subí al autobús que me indicaron y hallé un asiento desocupado al costado de un anciano que dormía cómodamente con el cuello erguido. Miré hacia la ventana y vi a mi madre aferrada al pecho de mi padre llorando desconsoladamente. Él sabía que quedarse allí no iba a ayudarme, así que se la llevó y se perdieron entre la multitud.

El motor del coche se puso en marcha y salimos de la estación. Por suerte, traía conmigo dos botellas de alcohol para no marearme, pero un ritual impulsivo para verificar si lo había cerrado bien me estaba empezando a fastidiar. Sabía que lo había cerrado bien, pero necesitaba verificarlo. ¡Qué incómodo!

En el camino hojeé el único regalo que me había hecho mi padre. No había ilustraciones y las letras eran muy pequeñas y estaban apiñadas. A simple vista parecía ser un libro aburrido pero sabía que al aprender a leer y comprender las letras podría ser mucho más entretenido.

Entonces el anciano que estaba a mi costado se despertó y se dio cuenta de mi necesidad por descubrir lo que decían esas páginas.

—¿Aún no sabes leer? —me preguntó.

—No señor —le respondí a penas.

—Si me permites puedo leerte algunas páginas —dijo.

Levanté la mirada y vi cómo las arrugas habían marcado en su rostro muchos senderos. Sus ojos eran tristes pero me cautivaron. Le entregué mi viejo ejemplar y le pedí de favor que me leyera las primeras páginas.

Ambos nos acomodamos, sabíamos que el viaje iba a ser largo. Así que empezamos.

La primera historia griega que escuché por primera vez en mi vida fue la de Ícaro y Dédalo. La dramática historia de cómo un hombre pierde a su hijo.

La voz del viejo era áspera pero muy entonada. Leía cada estrofa con gran interés, en mi mente no había otra cosa que no fuera ese mágico mundo griego. Imaginé absolutamente todo. Los rostros de cada uno de los personajes, sus vestimentas, sus expresiones. Nunca antes había

experimentado una sensación tan sublime al oír historias.

Y al terminar de leer el viejo cerró el libro de un solo golpe.

—¿Tú sabes quién fue Dédalo? —me preguntó.

Negué con la cabeza.

—Dédalo fue el maestro que diseñó un asombroso laberinto. Cuya mente produjo cada uno de los pasadizos. Dédalo el genio que inventó naves que navegaban bajo el mar. Cohetes que derribaban muros, máquinas fantásticas y lentes que reunidas permitían ver las más lejanas estrellas —hizo una pausa—. Cayó una vez, cayó desde la gracia y acabó siendo un hombre derrotado, haciendo la misma figura de arcilla una y otra vez. Un niño con alas; la única cosa que hizo sobre la que no tenía control. Lo único que había amado de verdad. Ícaro, su hijo.

En mi expresión se podía ver reflejado el asombro, nunca antes había tenido tanto interés en una sola cosa.

Me sentí fascinado, cautivado por el relato de un viejo desconocido. Desde entonces supe que había encontrado una pasión. La Mitología Griega.

—¿Todo eso existió de verdad? —pregunté.

El viejo me sonrió.

—Depende de cada uno creer o no creer —me contestó y me devolvió el libro.

Lo hojeé nuevamente e intenté descifrar las palabras, tratando de encontrar nuevos significados. Pistas que me dijeran que no solo era un relato, sino por el contrario algo real. Y entonces sucedió.

Todos dormían plácidamente en los asientos. La cortina que cubría a penas mi ventana dejaba que la luz de la noche traspasara el cristal. Miré hacia el cielo y mis ojos se encontraron con la Luna. Bella y radiante como siempre. En mi mente no cabían más ideas, todas eran para Ícaro y Dédalo, y sin proponérmelo lo vi. Vi a ese niño con alas surcar por los aires, hacer piruetas y alzar sus alas como un ave. Me emocioné. Nunca antes había visto algo semejante a eso. Mis ojos se iluminaron, me conmoví y lloré de felicidad.

Cuando quise despertar al anciano, el ya no estaba, se había ido. Había desaparecido. Miré a todas partes, tratando de encontrarle, pero no le hallé por ningún lado.

Capítulo 6

Al arribar a la estación le mostré al encargado mi identificación. Amablemente me condujo hacia una banca con mi maleta para esperar al capitán.

Cuando empecé a escuchar las voces internas que me decían constantemente que se habían olvidado de mí y que me quedaría esperando por siempre en ese lugar, un coche militarizado y sin ventanas se detuvo justo al frente. Un hombre uniformado bajó y caminó hacia mí. Me llamó por mi nombre y yo respondí.

El joven hombre, de espaldas anchas era el capitán Castrillón.

Me pidió disculpas por la demora y me invitó una barra de chocolate que traía en la guantera de su vehículo.

Nuestra plática hasta llegar a nuestro destino fue amena. Aunque eran trivialidades, me sentí a gusto. Imaginé entonces que no la pasaría tan mal después de todo en el internado.

Cuando llegamos grandes muros de piedra se alzaron delante de nosotros. Entré justo detrás de él y saludé a quien parecía ser su superior. El mayor Santillana, quien fue el que se ocupó de instalarme en el lugar y de ubicarme en una de las camas que estaban disponibles en la habitación de los niños del tercer grado.

Me pidió que me vistiera tan rápido como pudiera y que le buscara al final del pasillo para llevarme a mi primera clase.

Lamentablemente tuve los mismos problemas que tenía en casa al vestirme. La tela del uniforme era dura. Sentía que la piel me la estaba raspando y me quedé en ropa interior. Me senté al pie de la cama y empecé a escuchar esas terribles e inquietantes voces que me decían constantemente que me quedaba muy mal.

El mayor Santillana regresó a la habitación y me encontró con los brazos cruzados. Caminó rápidamente y me dio la vuelta. Me colocó sobre sus rodillas y me dio un par de nalgadas. Me dijo que a pedido de mi padre iban a ser más estrictos y duros conmigo, así que tenía que obedecer al primer llamado.

Luego tomó el uniforme y me lo puso sin siquiera preguntarse cómo me sentía usando uno de esos. Le hizo un nudo a mi corbata y me ahorcó un poco con ella.

Me jaló del brazo y me llevó hacia el salón de clases que me correspondía. Al interrumpir el dictado del profesor de matemática todos los niños que estaban muy atentos se levantaron de sus sitios y saludaron al mayor Santillana. Él se encargó de hacer público mi nombre y me condujo hacia el pupitre vacío al costado de la ventana que me aguardaba con la pila de libros. Luego salió y todos se quedaron mirándome fijamente, incluyendo el profesor que ni siquiera había parpadeado desde que interrumpimos su clase. Por un momento me sentí incómodo pero luego miré hacia la ventana y pensé nuevamente en las alas de Ícaro.

Las clases transcurrieron lentamente, todos anotaban lo que estaba escrito en el pizarrón con mucho entusiasmo, pero yo apenas y sabía cómo coger el lápiz. Hice garabatos, líneas entrecortadas que se unían en distintos puntos y no formaban nada. Me sentí fracasado. El primer día no fue tan desastroso como los siguientes. Al principio nadie se metía conmigo porque el mayor Santillana al parecer había pedido con anticipación que no me molestaran, pero luego perdí ese privilegio.

Los reportes de mis calificaciones desalentaron al mayor, pues creía que al llevar sangre alemana en mis venas podía ser algo más que un simple soldado. ¡Ridículo!

Así que decidieron bajarme dos años para hacer de nuevo el primer grado. En esa clase todos eran muy amables, pero un grupo de tercero que desde hace tiempo tenía ganas de fastidiarme me solían esperar en la puerta del salón para importunarme en los recreos y ponerme de apodos. Ellos decían que era un retrasado mental, que Dios me había quitado la mitad del cerebro y que no era digno de estudiar en el internado.

Al principio traté de no hacerles caso, pero poco a poco la paciencia se me iba agotando.

Recuerdo que por las noches Franco Mansilla y su grupo de matones solían esconderme la única almohada que tenía. A veces solían esconderla encima del armario, otras debajo de la cama y cuando realmente querían molestarme se orinaban en ella y luego la acomodaban en su sitio.

Ellos se habían dado cuenta que tenía una obsesión con la limpieza y me espiaban en las duchas. Se reían al verme discutir con el jabón y repetirme varias veces que tenía que estar limpio, muy limpio.

Sin duda, disfrutaban de mi sufrimiento.

Capítulo 7

Con el paso del tiempo aprendí a leer y a escribir. Me costó mucho prestar atención a los dictados del maestro de lengua y comunicación pero me motivaba el empezar a leer el libro que me había regalado mi padre por mi propia cuenta.

Un día el profesor de historia dio una charla a los de tercero sobre las catástrofes de la segunda guerra mundial. Lo supe porque sus gritos se escuchaban hasta el salón de arte en el que me encontraba con los de primero.

Él decía que los alemanes habían sembrado el caos y llevado a la desolación a muchos inocentes. Habló también sobre los campos de concentración, la sangre que derramaron por toda la Tierra y el inmenso resentimiento que habían sembrado en las siguientes generaciones.

Cuando por fin dejó su diatriba todos en la clase voltearon a verme porque sabían que mi abuelo paterno había sido un soldado alemán que participó en la segunda guerra mundial.

Al escuchar el sonido del timbre cogí mis pinturas y pinceles y salí del salón. Tenía que ir al baño para limpiarlos, no podía permitir que se quedaran así. Pero en el camino me encontré con mi peor pesadilla. Franco y sus sometidos estaban esperándome en la entrada del baño. Para mi mala suerte, Franco era judío.

—Así que tus antepasados derramaron sangre inocente —me dijo Franco haciéndose a un lado para que yo pudiera entrar al baño.

—Yo no tengo nada que ver —le dije asustado.

El chico más grande y rudo del colegio cerró la puerta con seguro y todos empezaron a lanzarme miradas penetrantes que desdeñaban odio.

Franco era mucho más grande y fornido que yo, incluso mucho más grande que mis primos. Él caminó directo hacia mí y me escupió en la cara con todas sus fuerzas.

Traté de limpiarme la flema que tenía en el ojo pero en vez de hacerlo me ensució aún más.

—Sabemos que tienes un problema con tu higiene —me dijo—, te hemos observado y sabemos que odias ensuciarte. Incluso me atrevo a decir que serías capaz de bañarte cuantas veces sean necesarias para

quitarte la mugre y el mal olor.

Las risas retumbaron en todo el lugar.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunté.

Él miró a sus demás compinches y entre tres me levantaron para llevarme hacia los urinarios en donde me dejaron de cuclillas abrazado a mis rodillas.

—Veamos cómo te va con esto —dijo el más grande bajándose los pantalones.

Lo siguiente fue muy incómodo. Todos y cada uno de ellos empezaron a orinarse sobre mí. Se reían como si aquello les resultara gracioso y peor aún me escupían como si fuera parte del suelo.

Cuando terminaron, se subieron los pantalones y cerraron las cremalleras. Tomaron mis cosas de arte y las introdujeron en uno de los inodoros. Luego salieron regocijantes y orgullosos de lo que habían hecho.

No sé si se debió al miedo, a la vergüenza o ambas cosas a la vez, pero después de aquel incidente en el baño empecé a mojar las sábanas. A veces esperaba a que todos salieran de la habitación para cambiarlas y esconderlas y otros días prefería quedarme aferrado a ellas llorando en silencio escuchando las voces que me acompañaban en mi dolor.

Capítulo 8

Conforme iba pasando el tiempo los de tercero encontraban nuevas formas de molestarme, a veces aumentaban la crueldad de sus castigos y otras no tanto, y mi situación empeoró. No sólo empecé a tener rituales de limpieza sino también a alucinar constantemente a todos y cada uno de los personajes de la mitología griega. A veces veía caminar al minotauro en los pasillos, a medusa en el espejo, a Zeus mirándome piadosamente y tantas otras cosas más.

No tenía amigos, casi nadie se atrevía a juntarse con el "raro" de la clase. Franco había amenazado a todos los de primero si se atrevían a trabar algún tipo de amistad conmigo. Él creía que alguien como yo, diferente al resto de los demás, no tenía derecho a nada, ni siquiera a una educación. Así que se las ingenió para que me expulsaran del internado.

Una mañana soleada todos estábamos jugando en la hora del recreo. Los de primer grado estaban turnándose en los columpios y los de tercero ocupaban la cancha de fútbol. Yo me senté al pie de las escaleras para ver como jugaban en equipo y hasta llegué a imaginarme estar entre ellos jugando y riendo.

Esboqué una sonrisa pero luego me di cuenta que mi realidad me tenía al otro lado. Bajé la mirada y vi mis manos sucias, me levanté y caminé hacia los caños para lavármelas. Como no había jabón utilicé mis uñas para refregar cada hendidura de mi piel. Cerré el caño y me di la vuelta, caminé de regreso hacia mi sitio y sentí que tenía que verificar si lo había cerrado bien. Sabía que si lo había hecho, pero las ganas de ir a verificar fueron más fuertes que yo. Así que fui y lo vi cerrado. Me sentí extraño, ridículo y una voz en mi interior empezó a reírse de lo patético que me veía.

Cuando quise darme la vuelta para regresar, Franco me había tomado por sorpresa.

—¿Qué haces rarito? —me preguntó.

—Yo no soy raro —le dije tratando de controlar un impulso interno que empezaba a convertirse en rabia.

—Claro que lo eres, mírate —repuso y se cruzó de brazos.

Entonces no pude más y me lancé sobre él para empezar a pegarle. Todos se dieron cuenta y empezaron a pedir que peleáramos. "Pelea, pelea", repetían constantemente encerrándonos en un círculo.

Por primera vez había logrado dar mis primeros golpes, pero sobre todo defenderme. Franco intentó liberarse pero mis dientes se hundieron en su brazo quitándole gritos desesperados.

Luego el mayor Santillana y tres soldados más llegaron y lograron separarnos. Él preguntó quién había comenzado la riña y todos me señalaron de inmediato.

—¿Qué te sucede? —me preguntó el mayor.

Yo no contesté.

Luego me llevaron a la oficina del director y llamaron a mi padre, quien supongo que muy enojado se desquitó con el auricular del teléfono.

Todavía no logro entender que fue lo que hice mal. Pero el mayor Santillana una tarde me pidió que arreglara mis cosas porque me mandaría de regreso a casa. La idea desde un principio me gustó porque iba a volver a ver a mi madre, pero luego una notificación cambió sus planes.

—Serás transferido a otro internado —me dijo arrugando la carta que le había llegado.

Tragué saliva, ¿a qué lugar extraño me iban a mandar? Al menos esperaba que no fuera como éste. En donde todos molestan a todos.

El autobús me llevó hacia las profundidades del sur de la capital. Crucé varios distritos, contemplé los cielos desde la ventana y vi a mi hermoso Pegaso revolotear entre las nubes.

Cuando el coche se detuvo un hombre uniformado subió para pedirme mis papeles. Me identificó y me pidió que le acompañara.

El sitio al que me habían transferido era un internado exclusivo para los hijos de todos los miembros de las fuerzas armadas del país que tuvieran problemas de conducta o aprendizaje. Vulgarmente Franco le llamaba la ciudad de los desquiciados. Y ya me había puesto al tanto de ese lugar.

Quizá al principio me porté temerosamente, pero fueron mucho más amables y gentiles desde que llegué. Ahí nadie me buscaba para molestarme o hacerme sentir menos. Todos eran amigos y se apoyaban los unos a los otros. Por fin había encontrado un buen lugar para mí.

Capítulo 9

Sin saber porqué mi padre había pedido que no me regresaran a casa en las vacaciones, así todas y cada una de ellas las pasé cautivo en mi propio mundo mirando a mis criaturas y personajes fantásticos, hablando solo e ideando mis fantasías.

Con el tiempo empecé a obsesionarme cada vez más con la cultura griega y con todo lo que se le involucrara, desde mitos hasta leyendas. Desde obras literarias hasta tratados de filosofía. Hasta que una trágica noticia me hizo caer aún más adentro.

Estaba con los ojos cerrados tratando de conciliar el sueño pero el prefecto encargado del pabellón me despertó y me dijo que mi madre había fallecido.

Mi corazón se hizo tan pequeño dentro de mi pecho. Mordí la sábana para que no escucharan mis gimoteos y en mis voces internas encontré un consuelo. Tenía catorce años cuando eso ocurrió.

Mi padre apenas y se comunicó. A lo mucho me escribió una carta disculpándose por no haber cuidado a mi madre.

Al poco tiempo después, meses quizá, su cuerpo fue hallado en su camarote. El prefecto me dijo que la pena causó su muerte.

Al parecer estaba destinado a quedarme solo en esta vida. Imaginaba por momentos que enormes pájaros negros de soledad anidaban en mi corazón para poner enormes huevos de piedra. Todo el cuerpo me dolía de tristeza.

Mi custodia entonces había pasado a manos de mi único pariente, el tío Andreas, el padre de Michael y Christian. Pero le pedí en la única carta que le escribí que me permitiera quedarme en el internado hasta que cumpliera la mayoría de edad. Él aceptó con la única condición de no pedirle ni un solo centavo. Y así fue.

Cuando cumplí los dieciocho años terminé mis estudios en el internado. El mayor encargado me dijo que si quería podía salir y buscar nuevos horizontes, que no era necesario que me quedara ahí. Con gentileza acepté su propuesta y me marché del internado.

Al principio trabajé como mesero en un bar de mala muerte. La paga era pésima pero necesitaba el dinero para pagar el alquiler del cuarto que había encontrado disponible en el corazón de la ciudad.

Capítulo 10

Los años me habían convertido en un sujeto que podía pasar desapercibido entre los demás. Me dejé crecer la barba, el pelo y empecé a levantar pesas para aumentar mi masa muscular. Trataba de mantener mi mente ocupada al cien por ciento. Era la única forma que había encontrado para evitar que esas molestas voces me fastidiaran.

Un día, cuando caminaba sin rumbo por las playas, vi a un bohemio personaje que trataba de darle forma a una escultura de arena.

Le vi y me acerqué lentamente. Él notó mi presencia y me llamó.

—Hey muchacho —me dijo—, ¿no quieres ayudarme?

Como no vi a nadie más alrededor supe de inmediato que se dirigía a mí. Su aspecto era descuidado y parecía no haberse dado una ducha desde hace mucho tiempo.

—¿En qué le puedo ayudar? —le pregunté.

—Estoy intentando hacer una réplica perfecta de una sirena —me dijo—, pero no tengo el talento para hacerlo.

Reí por lo bajo. ¿Cómo era posible que quisiera hacer algo si ni siquiera sabía cómo hacerlo? Entonces le pregunté:

—¿Has visto alguna vez a una sirena?

Él se frotó la quijada.

—La verdad es que nunca he visto a una de esas.

—Ni siquiera son reales —le dije.

Sus cejas se elevaron tan alto como pudieron sobre su frente.

—Nunca he visto a una sirena, pero en mi mente sé cómo han de ser.

No entendí su argumento.

—No me mires con mala cara muchacho —me pidió—, simplemente te digo que si tuviera el talento suficiente y necesario podría darle vida a lo que tengo aquí —se llevó el dedo índice a la frente—, en mi cabeza. ¿Captas? Si uno desea con fuerza algo lo puede lograr.

Asentí. Y entonces comprendí.

—Pígalión... —musité.

En ese momento el sujeto me miró extrañado.

—¿Qué dices me ayudas o no? —preguntó.

Las voces empezaron a retumbar en las paredes de mi mente. Me repetían constantemente que no intentara hacer locuras, que ya bastante había sufrido. Pero no me importó y caminé de regreso dejando al bohemio con una enorme interrogante.

Con el poco dinero que tenía ahorrado me compré todo lo necesario para empezar a esculpir a mis personajes griegos. Me detuve en el camino y hallé una roca lo suficientemente grande y lisa como para trabajar en ella. Ni siquiera sabía cómo hacerlo, ni mucho menos cómo iniciar, simplemente sabía que tenía que hacerlo.

Tenía todo listo para empezar a trabajar, no necesité un modelo, todo lo tenía en mi cabeza y así empecé a tallar un busto de Hércules. No paré ni siquiera para beber agua, estaba muy metido en mi trabajo, sentía que si hacía una pausa todo el trabajo se echaría a perder. Ojos, boca, cada uno de los rasgos de su rostro. Luego las ondas de sus cabellos y las hendiduras de la piel. No sé cuánto tiempo estuve así. ¿Horas, días, semanas? No lo sé. Al final ya no pude más y caí exhausto en el suelo.

Cuando desperté me sentí muy débil y me di cuenta de lo que había creado. Una obra de arte. Me felicité a mí mismo pero luego al observarlo noté que tenía muchos errores. Colérico entonces tomé el busto y lo lancé por la ventana.

No podía permitirme una falla. Así que bajé a buscar más piedras para seguir tallando. No recuerdo el número exacto pero hice desde pequeñas estatuillas hasta grandes representaciones de los dioses del Olimpo.

A veces sentía que estaban bien, pero mis voces internas me criticaban y decían que era una verdadera pérdida. Los ojos se me inundaron de repente con lágrimas, caí de rodillas y empecé a golpear el suelo.

Quería la perfección de mis obras. Todas me parecían absurdas, e insultantes para lo que realmente estaba en mi mente.

Cogí una bolsa negra de basura y metí todo lo que hasta ese momento había hecho. La saqué y antes de poder tirarla a la basura la vecina de los departamentos del costado me preguntó en dónde había adquirido uno de esos "adornos". Yo le dije la verdad, que los había hecho, y ella me felicitó por el trabajo. Me ofreció dinero por unas cuantas y acepté. Entonces me

di cuenta que venderlas en las calles como un ambulante más no sería mala idea. Aunque la idea de saber que algo desperfecto había salido de mis manos me atormentaba una y otra vez.

Capítulo 11

Sobreviví como escultor ambulante los siguientes siete años. La gente compraba mis artículos a cómodos precios y yo pude vivir sin mayor problema. Hasta que uno de los que se acercaron para adquirir una de esas baratijas de piedra hizo un comentario que nunca había escuchado decir a nadie.

—Su autor ha buscado la perfección —dijo mientras observaba el Pegaso tallado en el tronco de madera.

—¿Disculpe? —le pregunté.

Me di cuenta que por su aspecto era alguien muy importante, educado. Un hombre de edad que trataba de ocultarse las canas con alguna clase de tintura para mujer.

—Quiero decir que en estas piezas se ve claramente cómo es que su autor está buscando desesperadamente la perfección —explicó.

—¿Usted cómo lo sabe? —pregunté.

Él me sonrió.

—Hay mucha gente que vive y lucha con tu condición. No te tienes que sentir mal —repuso.

—¿Qué condición? —pregunté al mismo tiempo que intentaba arreglar uno de los botones de mi camisa.

El hombre sacó una tarjetilla blanca y me la entregó.

—Si tienes problemas búscame. Yo puedo ayudarte a encontrar muchas soluciones.

Miré la tarjeta y leí su nombre. "Luca Simoni".

Cuando intenté volverle a encontrar con la mirada él ya se había ido.

Al caer la noche me compré dos cervezas en la bodega de la esquina, entré en mi casa y vi que todo estaba convertido en un completo desastre. Me desesperé y empecé a limpiar cada rincón como tantas veces fuera posible hasta verificar que todo estaba en orden.

Me tumbé en la cama y tomé el único libro que permitía tener bajo la almohada. El de mi padre. Lo abrí y empecé a leer nuevamente como de costumbre. No había noche en que no le diera una leída. Si no lo hacía me

incomodaba el irme a dormir.

Los días siguientes fueron iguales, tallar, vender, cobrar, comer y regresar a casa. No había novedad en ninguna de las actividades que realizaba, el simple hecho de imaginarme que podía salir de mis esquemas regulares me estremecía el esqueleto.

Una noche mientras fumaba sentado al pie de la ventana vi a la bella diosa Afrodita pedirme que le hiciera un monumento para inmortalizar su belleza. Ni siquiera me detuve a pensar. Tomé las llaves y me fui a buscar algo en qué tallar su radiante imagen. Encontré una ferretería cerca y compré varias bolsas de yeso para empezar a crear la escultura.

Hice la mezcla como me lo habían indicado, esperé a que secara el molde y empecé haciéndole el rostro, luego el pelo, de ahí fui bajando hasta crearle el cuerpo, las extremidades, los detalles de la túnica que llevaba puesta y al final lijé tanto como pude para darle suavidad a la textura.

Cuando sentía haber terminado, quería seguir trabajando en ella. Sabía que algo le faltaba, algún detalle, algo que ni yo mismo podía explicármelo. La vi imperfecta, caí nuevamente, me dejé arrastrar por mis sombras y endulzar por esas voces molestas que me acompañaban desde mi niñez. Me decían que mi trabajo era desastroso, que Afrodita estaría llorando a mis espaldas si viera el trabajo que me había confiado. No era perfecto, no lo era y yo tampoco.

Entré en pánico, tomé un martillo y empecé a golpear la estatua repetidas veces hasta verla caer y desplomarse a mis pies. La belleza que había logrado reunir en esa obra la había desaparecido en un arranque de ira.

Lloré. Me sentía como aquel niño débil e indefenso que solía ser. Me acurrugué en una esquina, me llevé las rodillas a mi pecho y me aferré a mí mismo.

Al abrir mis ojos, todo era un desastre. No quería limpiar, no lo quería hacer, pero mis impulsos me llevaban a querer hacerlo. Me levanté casi a penas y salí corriendo de mi casa. No quería estar allí, solo deseaba estar un momento libre, sin que nadie ni nada me atormentara. Y recordé. Recordé al hombre que me había dicho que podía ayudarme.

Capítulo 12

Busqué rápidamente en mis bolsillos su tarjeta de presentación y hallé la dirección. Me subí a un taxi y le pedí que me llevara al lugar que tenía escrito en la tarjeta.

Cuando llegué me di cuenta que aquel hombre era no solo un tipo extraño que me había ofrecido su ayuda, sino que era una especie de doctor.

El lugar era un edificio sumamente grande. Una clínica psiquiátrica para personas con problemas.

La vos me dijo que no debía entrar, y cómo trataba de hacer todo lo contrario de lo que me decían, me armé de valor y entré. La recepcionista estaba anotando algo en una libreta y no se había percatado de mi presencia.

Tuve que hacer un ruido con la garganta para llamar su atención. Ella levantó la mirada y por primera vez vi lo que era la belleza real de una mujer. Me quedé anonadado con todo lo que representaba ella. Desde la punta de sus cabellos hasta la punta de sus pies.

—¿Tiene cita? —me preguntó.

No supe que decir. Las palabras se me quedaron atoradas en la garganta. De pronto una voz familiar me ayudó.

—Yo te he visto antes —me dijo y pude darme cuenta que era el mismo sujeto que me había dado la tarjeta.

—He venido a pedir ayuda —le dije con la voz seca—, usted me dijo...

—¡Ah! —me interrumpió—, tú eres el escultor perfeccionista.

—Así parece —le dije entre dientes.

El hombre me extendió su pulcra mano y me saludó.

—Soy el doctor Luca Simoni. Psiquiatra y Psicólogo.

—Soy Uriel Schwarz —le dije tratando de no tocar su mano porque pensaba que podía ensuciársela con la mía. ¿En qué estaba pensando al salir en esas condiciones de mi casa?

—¿Sucede algo? —me preguntó al ver que no le estrechaba la

mano.

—Lo siento... —dije—, es que tengo las manos muy sucias.

Luca sonrió pero no le importó. Y me buscó la mano para darme un fuerte apretón.

—Hombre, no me vas a contagiar la suciedad de tus manos —me dijo y me enseñó nuevamente su mano. Estaba perfectamente tal y como la había visto, sin ningún rastro de polvo o mugre.

Me sentí acalorado por primera vez. Nunca antes alguien había hecho algo así.

—Lilian, escribe los datos del señor en el cuaderno. Que nadie me interrumpa, voy a estar con él en mi consultorio —le indicó a la bella mujer.

—Sí doctor.

Luca me pidió que le acompañara hacia su consultorio. Subimos unos tres pisos en el ascensor y en el camino me preguntó por mi estado de salud.

—Casi casi, puedo decir que llevas la piel pegada al hueso —dijo—, ¿acaso lo que ganas no te alcanza para comprarte un poco de comida?

—La verdad es que cuando trabajo en mis obras no me da hambre, ni sed. Se me quita el sueño y pierdo la noción del tiempo.

Por un momento imaginé que se sorprendería pero parecía estar familiarizado con ese tipo de comportamientos.

—Por lo visto eres un apasionado y disciplinado con lo que haces. Lo único que te falta es ajustarte un poco los tornillos.

¿Tornillos? ¿Es que acaso me había llamado loco?

Al llegar al tercer piso caminamos por un largo y aterrador pasillo que estaba casi vacío. Se detuvo al frente de una puerta de madera en la que colgaba una placa con su nombre y entramos.

El lugar era pulcro y ordenado. Casi vacío. No había nada, ni siquiera una señal de polvo. Lo único que no hacía juego era mi aspecto.

—Siéntate —me pidió amablemente.

Le hice caso y ocupé el asiento que estaba disponible al frente del suyo.

—Yo no tengo cómo pagar el tratamiento, lo único que quiero saber es qué tengo.

Luca se cruzó de piernas y asintió.

—Por los costos no te preocupes. Ya veremos cómo me pagarás, y por lo otro antes de darte una etiqueta necesito que me cuentes cómo es que llevas tu vida. Quiero saber sobre ti y todas tus cosas.

Sin mucho que pensar, empecé a narrarle mi vida desde el inicio. Desde cuando mis padres se conocieron, mi trágico nacimiento, mis extraños rituales al vestirme, las malas experiencias con mis primos y mi vida en el internado.

No me había dado cuenta, pero habían pasado tres horas desde que empecé a contarle todo. Incluso le dije que alucinaba con la mitología griega y todo lo que abarcaba. Cualquier otro sujeto en su lugar hubiera salido corriendo, pero Luca me supo escuchar.

—Bien —dijo al darse cuenta que ya no tenía nada más que decirle—, por lo visto tú tienes desde niño un trastorno obsesivo, comúnmente llamado TOC, con el cuál has venido batallando los últimos veintisiete años de tu vida. Por no decir que desde que naciste.

—¿Eso qué es? —le pregunté.

Luca se levantó y caminó con una mano dentro del bolsillo y empezó a explicarme detenidamente que era lo que tenía.

—Pero... ¿tengo arreglo?

Luca me sonrió y volvió a tomar asiento.

—Sí Uriel. Tienes compostura. Hay tratamientos para tu condición, los cuales combinan medicinas y terapia para que sea eficaz.

—¿Qué hay de mis alucinaciones y las voces que me atormentan? —pregunté.

Luca se tomó el tiempo necesario y me explicó a detalle las causas y detalles.

—No te preocupes, que eso también lo controlaremos.

Al terminar de escucharle hablar me llevé las manos a la cabeza. No podía

creer lo que me estaba diciendo.

—Uriel —hizo una pausa—, lo importante de todo esto es que has dado un gran paso. El simple hecho de buscar ayuda y aceptar que tienes algo que no va de acuerdo con lo normal. Estás a tiempo de cambiar y ordenar tu vida. Si tú me permites acompañarte en esta nueva etapa de tu vida, te aseguro que vas a mejorar.

—¿Y si no lo logro? —pregunté tratando de no alterarme.

—Es casi seguro que vas a tener recaídas, como todo el mundo las tiene, con TOC o no. Tienes un largo camino por aprender. Tienes que saber a cómo controlarte y bueno, sé que no tienes familia, pero estoy yo. Me tienes a mí para ayudarte a salir adelante.

Asentí ante su argumento.

—Gracias doctor, yo sé que va a ser difícil. Si tengo que tomar medicamentos lo haré. Pero yo quiero salir adelante, y pongo mi vida en sus manos.

—¡Así quería escucharte! —me felicitó—, ya verás que todo va a salir bien.

Y en esos momentos una pregunta me estaba rondando la cabeza.

—¿Por qué quiere ayudarme? —le pregunté cambiando por completo la dirección de la plática.

Él se acomodó en su cómodo sofá y me contestó.

—Porque reconozco a alguien que sufre en silencio. Porque sé por todo lo que estás pasando. Y porque yo también sufrí como tú.

Nunca antes me había imaginado al ver a tan ilustre personaje convertido en una sombra. En una sombra como lo era yo en esos momentos de mi vida.

—Ahora lo que quiero que hagamos es que me lleves al lugar donde haces esas maravillas yagas algo para decorar mi casa —me dijo.

Me sorprendí mucho al oírle decir eso, pero sabía que tenía algo en mente y fuera lo que fuera me ayudaría.

—De acuerdo.

Capítulo 13

Cuando dejamos el edificio Luca me llevó como copiloto en su coche hacia mi casa, en donde tuve que disimular los pensamientos recurrentes que iban y venían al saber que había dejado todo hecho un desastre.

—Disculpe el desorden —dije—, nunca tengo visitas.

Luca vio el desastre en el que se había convertido mi Afrodita y caminó hasta encontrar una silla.

—Lo que quiero que hagas es que me pintes un cuadro de la caída de Ícaro —me pidió—. Me has dicho que es la historia que más te gusta de la mitología, así que adelante, tú mismo eres.

Yo me quedé boquiabierto.

Pero doctor, yo soy escultor no pintor, mucho menos dibujante.

—Si sabes que Miguel Ángel tampoco fue pintor e hizo una maravilla en La Capilla Sixtina ¿verdad?

Asentí.

—Entonces no limites tus capacidades. ¡Vamos!

Afilé las puntas de los lápices y busqué una cartulina limpia para empezar a dibujar. Me sumergí en mis pensamientos, en mis fantasías, esquivé las voces y dibujé lo que tenía en mi mente, como el mismo poeta que le daba letra a sus ideas.

Entonces habían pasado unos cuantos minutos, y Luca me interrumpió.

—¡Suficiente! —clamó—, eso es todo.

Pasé una mirada por el gráfico y sabía que no estaba del todo perfecto.

—Pero no he terminado.

—Uriel, una hora es suficiente para dibujar una pieza de arte. Créeme. Además a mí me gusta tal y como está.

—Pero...

Él no dejó que hablara.

—Es suficiente, no trates de buscar esa perfección porque nunca un ser humano va a poder crear algo perfecto. Solo Dios es el único. Así que siéntete orgulloso con lo que has logrado hacer.

En ese momento mis manos empezaron a temblar, me sentía frustrado y las ideas obsesivas venían una y otra vez.

—¡No! —chillé y golpeé el muro con mis puños.

—Escúchame Uriel —me pidió—. Muchas veces al sentir una libertad que nos permite superar nuestra condición humana o simplemente sentirnos sin las ataduras, podemos experimentar lo que nos enseña Ícaro. A veces somos ingenuos, inexpertos. Algunas veces como él, nos cegamos y creemos que podemos superarlo todo, nos olvidamos de nuestros límites y de distinguir el peligro con claridad. Ahora debes saber que el mismo mundo se encarga de demostrarnos que la realidad es la única verdad, pues cuando Ícaro se acerca al sol, éste se encarga de demostrarle cuál es su condición humana. Tú eres lo que eres Uriel. Un maravilloso ser humano y tan bello como imperfecto.

Luca caminó hacia mí y me puso su reconfortante mano sobre mi hombro.

—Tú puedes Uriel. Busca esa luz en tu oscuridad. El silencio de ese ruido que te atormenta. No te dejes dominar por esos impulsos. ¡Sé valiente! ¡Lucha! Respira y sumérgete en la luz. Aléjate de las sombras y empieza a vivir en su luz.

Cinco minutos después volví en sí.

—A la luz de mis sombras —dije y me di la vuelta para verle a los ojos.

—A la luz de tus sombras —repitió.

Y entonces, los siguientes días se convirtieron en un tipo de entrenamiento para controlar mi situación.

—Y bien, ahí tienes la respuesta del porqué mis obras parecen tan perfectas —le contesto al periodista—, lamento desilusionar y desacreditar la historia que usted me inventó pero lo único angelical que tengo es el nombre. Yo soy un simple mortal. Que se obsesionó sin querer con lo único que había recibido de su padre. Un libro en el que había hermosas historias, que si me permite ser sincero me las sé de memoria.

Pude ver que todos los presentes estaban conmovidos con mi historia. Ninguno de ellos se había imaginado que el talentoso escultor y pintor Uriel Schwarz había padecido tantas situaciones. Y entonces el periodista que intentó incomodarme con su pregunta empezó a aplaudir con mucho ímpetu y los demás le siguieron.

A lo lejos vi a Luca, quien se había convertido en no solo mi terapeuta, sino en mi mejor amigo. Él me ayudó en gran medida a encontrar la luz en mis sombras. Estaba aplaudiendo junto con todos los demás y a su lado su bella hija Lilian me mandaba besos a distancia.

Si bien mi vida no empezó de la mejor manera, me di cuenta que todos y cada uno de nosotros somos especiales. Gracias a la ayuda de Luca y sobre todo a mis ganas de salir adelante y vencer mis adversidades combato a diario una lucha interna por seguir adelante y ser mejor pero ya no perfecto.

A veces debo admitir que tengo recaídas, pero ¿quién no las tiene? Hasta el ser humano más sano cae.

Ahora ya no busco la perfección de las cosas, por el contrario admiro su imperfección y su sencillez.

Una persona como yo tiene que luchar toda su vida, para otros, eso es algo negativo. Pero para mí, eso significa que aprendo a apreciar esas cosas pequeñas mucho más.

FIN